

cuarta parte



**la fábula de
la cruz y el martillo**

.

Para nosotros, latinoamericanos, la Iglesia Católica es como el cuarto integrante de nuestra sangre. Los latinoamericanos, creyentes o no, sabemos que además de glóbulos blancos, rojos y suero, hay en nuestra corriente vital un componente llamado Iglesia Católica, integrado a los ritos mágicos locales, con todo el poder que el fetichismo genera en el modo de pensar y actuar de las masas populares. Una procesión a la Virgen Patrona de cualquier país latinoamericano, que es sólo el desarrollo en el tiempo de las fiestas primaverales en honor del primitivo signo de fecundidad, tiene mayor poder político en nuestro continente que un millón de palabras vertidas en una concentración pública electoral. Una frase de un cardenal arzobispo, que es el sucesor en el tiempo de los sacerdotes que inmolaban víctimas humanas en lo alto de las grandes piedras aztecas, mayas o incásicas, es suficiente para provocar una corriente de opinión pública que dé por tierra, con absoluta facilidad, con la más clara, lógica y acertada concepción de lucha revolucionaria para liberar a esos mismos creyentes de la miseria, el hambre y las enfermedades.

En suma, en todo proceso político latinoamericano, la Iglesia Católica es un factor que es necesario considerar a la misma altura de los militares y los partidos políticos tradicionales. Ambos grupos, claro está, sirviendo de instrumento al poder económico construido sobre la estructura capitalista de la sociedad. Es decir, la Iglesia Católica es otro de los grandes instrumentos del desarrollo capitalista, que basa su existencia en el robo masivo, a una escala gigantesca jamás vista, de la capacidad de crear riquezas del ser humano. Así:

Usted junta cien esclavos que crean riquezas al manipular materias primas. Da esa riqueza creada por los esclavos a una sola persona, que es el dueño de los esclavos. El dueño de los esclavos gasta un poco de esa riqueza en dar de comer a esos cien, para que se mantengan vivos y sigan trabajando, y regala otro poco de esa riqueza al sacerdote, para que viva bien, construya su iglesia y les diga a los esclavos que Dios hizo las cosas así, y los esclavos deben estar felices y agradecidos del amo, que les permite comer. La tarea

específica del sacerdote, como colaborador del amo, será adormecer a los esclavos para que no se unan, asesinen al amo, y disfruten de toda la riqueza para los cien. Si usted cambia los vocablos de "esclavo" por "obrero y campesino", de amo por capitalista, banquero o simple hombre de negocios, y de sacerdote por cura católico, tendrá el paisaje exacto de lo que sucede en Latinoamérica.

Por todo esto, se hace necesario dar un vistazo al papel que le cupo a la Iglesia Católica en los sucesos brasileños, cuando el golpe de Estado de marzo-abril de 1964 dio por tierra con la más cierta esperanza en este continente de iniciar la liberación de sus doscientos millones de esclavos que crean riqueza para la sede imperial del siglo vigésimo: Estados Unidos de Norteamérica.

En capítulos anteriores de este libro dije que la Iglesia Católica brasileña se dividió entre curas en contacto con el pueblo y curas en contacto con Dios. Es decir, la Iglesia Católica brasileña se quebró en medio del fragor de la batalla emprendida por Goulart y sus colaboradores políticos para liberar su país del yugo imperial.

Una parte de la Iglesia Católica brasileña siguió cumpliendo con su papel de siempre: el de instrumento político al servicio del poder económico, los latifundistas, los militares gustosos en su papel de guardias pretorianos y el gobierno de Estados Unidos. La otra parte de la Iglesia Católica brasileña se unió a un pequeño grupo de políticos demócratacristianos, en un experimento notable: la unión con los comunistas para dar la lucha de liberación nacional e iniciar la socialización de Brasil. Hoy día, los primeros están bendiciendo la dictadura del mariscal Humberto Castelo Branco, y los segundos han sido encarcelados, torturados o han debido asilarse en Chile, Uruguay, Perú o Argentina, además de México y Cuba.

Este capítulo en la historia de la Iglesia Católica brasileña es trágico, sucio y repugnante. Trágico, porque un puñado de curas en contacto con el pueblo pretendió ayudar a los millones de hambrientos de su país, transformándose en sus organizadores junto a los comunistas, pero cometiendo el mismo error que Jesucristo: iniciar una revolución contra los amos sin el empleo de las armas. Sucio, porque en esta ingenua tarea emprendida por los curas en contacto con el pueblo hubo un proceso de traición que no se incubó en los enemigos de la religión católica, sino en los propios sacerdotes cristianos, que denunciaron a sus compañeros a los militares y los hombres de negocios que planeaban el golpe de Estado para derribar a Goulart. Y repugnante, porque los sacerdotes católicos

que hoy están al mando de la Iglesia brasileña, no han realizado el menor intento por librar a sus colegas de la prisión, las torturas y las humillaciones. Repugnante, porque ese puñado de prelados brasileños sirvientes de la dictadura son cómplices en la persecución policial no sólo a los sacerdotes sino también a los dirigentes políticos cristianos.

El 11 de enero de 1965, el diario Última Hora de Río de Janeiro, que se mantiene peligrosamente al “filo de la verdad” en sus informaciones, transcribía desde Porto Alegre el siguiente despacho, firmado con el seudónimo Flavio Tavares:

—Nueve meses después de haber llegado al poder, la “revolución” repite en Río Grande la furia represiva que se desencadenó inmediatamente después del primero de abril. Hay una diferencia clara entre la situación de hoy y la de dos días después de la deposición del antiguo gobierno, pero no hay exageración ninguna al afirmar que la represión de enero es más genérica y con fronteras que ya no existen. Las víctimas de ahora ya no son más el Partido Trabalhista Brasileiro o los comunistas, sino los círculos católicos gauchos, contra los cuales el III Ejército ha pasado a ejercer una vigilancia severa y sin cuartel.

“El profesor universitario Ernani Fiori, líder de la intelectualidad católica riograndense, de línea maritainista, y que ya fuera expurgado de la Universidad local, fue denunciado a la justicia junto con dieciocho estudiantes, todos pertenecientes a la Juventud Universitaria Católica, la Juventud Estudiantil Católica o a la Acción Católica, en la conclusión de una Investigación Policial Militar instaurada por el III Ejército para investigar las actividades de los grupos reunidos en la denominación “Acción Popular”. Tres sacerdotes, los padres Valiente, Hugo Hassmann y Pacheco, y Reiss, son citados en esta investigación como ELEMENTOS PELIGROSOS, y no fueron incluidos en la denuncia, simplemente por la intervención conciliadora del Arzobispo Metropolitano de Puerto Alegre, que consiguió preservar al clero gaucho de la acción directa de la represión.

“Pero los sacerdotes se encuentran bajo vigilancia policial permanente, aunque no ostensiva. Sus pasos son inventariados y sus sermones desde el púlpito han sido abolidos. Pero no por los militares, sino por ellos mismos, en una autocensura explicable como precaución para evitar que sus palabras se transformen en pretexto a los militares que se muestran más exaltados.

“Contra los religiosos hay solamente una acusación: la de haber

actuado como orientadores de los miembros de la Acción Católica que participaron de la política estudiantil. Fue suficiente para que fueran enrolados en el "index" de los llamados "subversivos". El informe de la Investigación Policial Militar señala textualmente como "una notable coincidencia" el hecho de que todos los estudiantes señalados en las investigaciones "pertenecieron a la Juventud Universitaria Católica y a la Acción Católica, donde muchos de ellos tuvieron como orientadores a algunos de los padres ya citados". Y la afirmativa parece sintomática para señalar que no sólo el apostolado lego de la Iglesia, sino también sus clérigos están en la mira de la "revolución" en el sur del Brasil".

Esta denuncia es del 11 de enero de 1965. Toda la alta jerarquía de la Iglesia Católica con sede en Roma está enterada de estos sucesos. El Papa Paulo Seis sabe el detalle de la represión a sus sacerdotes y a sus cristianos laicos por parte de la dictadura brasileña, pero no protesta. ¿Por qué no protesta? Es otro de los misterios de la Iglesia Católica, tan aficionada a ellos. Un misterio que no es tanto, si sabemos que la traición que sufren ahora los cristianos brasileños, por el simple delito de luchar contra la dictadura, la injusticia y el hambre, es una constante de la historia de esa jerarquía religiosa a partir de la primera gran traición ocurrida tres siglos después de la rebelión de Jesucristo. Porque la rebelión de Jesucristo no fue traicionada en el momento de morir éste, sino tres siglos después. Es un relato breve, pero tan importante, que no me resisto al deseo de contárselos:

En estricto sentido histórico, Jesucristo inició una revolución más, de muchas, en la provincia judía del imperio romano. Su error, que lo llevaría a abortar temprano su destino como líder de esa revolución contra los romanos, consistió en creer que a los amos con armas se les podía combatir sin armas. Fue, por decirlo así, la víctima más destacada de la "vía pacífica" de la revolución. Dos líderes revolucionarios famosos preceden la insurrección de Jesucristo: los Macabeos, sus hermanos judíos, que durante cuarenta años, entre 175 y 135 antes de su era, lucharon la rebelión contra el imperio seléucida, resto de la quimera de Alejandro Magno; el otro líder es Espartaco, esclavo-gladiador tracio, que luchó cuatro años contra Roma, el 71 antes de su era, y la tuvo en jaque. Espartaco perdió la revolución sólo porque los propios esclavos por cuya liberación arriesgaba la piel no le creyeron, y no lo acompañaron en la aventura en número suficiente para arrasar con las legiones romanas. Los

Macabeos y Espartaco tentaron la insurrección armada de los esclavos y fueron vencidos por las armas. Jesucristo intentó la insurrección pacífica de los esclavos y fue crucificado a los pocos años de liderato. Desde entonces, todas las insurrecciones victoriosas han sido las hechas por medio de las armas, a la manera de los Macabeos y de Espartaco. La revolución pacífica de Jesucristo lleva casi dos mil años esperando sin imitadores victoriosos. Y, peor que eso, peor que su frustración, ha sido su traición.

Sí, porque a nadie le cabe duda que la rebelión de Jesucristo era la rebelión de los esclavos contra el amo, del pobre contra el rico, del campesino contra el capataz, de la justicia social contra la injusticia social. Y esta rebelión de la justicia social del esclavo duró trescientos años, hasta que, de una noche a la mañana siguiente, la alta jerarquía de esta revolución pacífica apareció asociada con los amos y en contra de los esclavos, defendiendo el orden social existente como "creado por Dios". Esta traición ocurrió en el año 313 de nuestra era, cuando Constantino el Grande proclamó su Edicto de Milán, dando libertad de credo a sus súbditos, es decir, proclamando legal la religión cristiana. Pero ello, a cambio de la alianza con la jerarquía Eclesiástica, que desde ese momento se transformó no sólo en pastora, sino también en capataz de los pobres del mundo. Desde entonces, la jerarquía eclesiástica ha sido la expresión más pura de lo que políticamente se define como conservador. Siempre en defensa de la injusticia social, de la acumulación de riquezas de los menos a cambio de la miseria de los más. Siempre diciendo a los fieles que el "demonio" está dentro de los que predicán la igualdad para todos, las riquezas para todos, la justicia para todos.

Pero la Iglesia no es una estructura mecánica, formada por piezas de acero, sino una agrupación de hombres. Y ahora, este hecho humano, ha dividido a la Iglesia en dos sectores: los "constantinistas", cuyo retrato ya hemos hecho y los latinoamericanos conocemos de memoria; y los "franciscanos", que es una agrupación de curas de alto nivel, minoritarios todavía, que estiman que la Iglesia Católica debe ponerse al frente de las luchas de liberación de los pueblos oprimidos, y que para ello no hay que tenerle miedo a los comunistas "porque son nuestros aliados naturales en la lucha por la liberación y la justicia social".

Esta misma división de la alta jerarquía católica romana se produjo en Brasil durante el gobierno de Goulart, durante el golpe de Estado que lo derribó y ahora, en plena vigencia de la dictadura de

Humberto Castelo Branco. El más destacado cura "franciscano" en la lucha política brasileña fue el cardenal arzobispo de Sao Paulo, Carlos Carmelo de Vasconcelos Mota. El cardenal Mota llegó al extremo de prohibir a sus obispos que participaran en la famosa Marcha con Dios y la Familia que reunió un millón de personas en Sao Paulo para rezar por la caída de Goulart. El cardenal Mota hizo esto en protesta, porque la procesión-marcha fue organizada por la agencia de publicidad norteamericana MacCann Erikson.

Durante el gobierno de Goulart los curas en contacto con el pueblo ("franciscanos") tuvieron amplia libertad de acción, y su mayor victoria fue en el nordeste brasileño, donde entraron a buen paso en la organización de los campesinos. Trabajaron junto a los comunistas todo el tiempo. Y ¡cosa extraña! tanto los comunistas como los curas "franciscanos" se encargaron de adormecer el más poderoso ejército revolucionario del mundo: 25 millones de personas en el nordeste que padecen de hambre crónica y que nada tienen que perder y sí mucho que ganar con la insurrección armada. Ninguno de esos 25 millones de nordestinos se movió cuando la reacción brasileña y el gobierno norteamericano derribaron a Goulart. Estaban adormecidos con la prédica de la revolución sin armas de los curas y de la vía pacífica de los comunistas de Luis Carlos Prestes.

Pero eso es historia. Los hechos concretos de hoy son que la estructura cristiana "revolucionaria", por llamarla así, está siendo destruída por la dictadura Castelo Branco sin respetar ninguna clase de derechos humanos y la alta jerarquía católica no dice una palabra en protesta haciéndose cómplice de un crimen repulsivo.

Un caso es el del padre Francisco Lage que está preso desde abril del año pasado en una celda del Décimo Regimiento de Infantería. Su delito "subversivo" fue el trabajo que realizaba en las poblaciones callampas de Belo Horizonte en el estado de Minas Gerais. El padre Lage es también profesor de Teología. Desde abril está incomunicado y en pésimas condiciones de salud ya que sufre de una afección cardíaca. Siete veces en nueve meses, el obispo de Juiz de Fora ha pedido a sus amos militares que por lo menos hospitalicen al padre Lage. Siete veces los amos han dicho que no. El padre Lage ha sido vejado y torturado mucho más de siete veces. Todo eso lo saben en Roma, pero nadie ha protestado. ¿Por qué? Un nuevo misterio, de una larga cadena, de la Iglesia Católica.

Un ejemplo de esta extraña lucha de los curas "revolucionarios" contra la dictadura actual en Brasil, es la actitud de treinta monjas

de Belo Horizonte. Allí fue detenida por los militares la esposa del periodista Joao Santaiana y en los cuarteles la torturaron en forma horrible. Pues bien, estas treinta monjas organizaron públicamente rezos colectivos por la libertad de la señora, durante meses. Claro que mientras las monjas rezaban, los militares destrozaban todos los derechos humanos a través de todo el Brasil, pero, aunque inútil, su actitud es un hecho concreto que revela la dimensión de esta separación dentro de la propia Iglesia Católica.

“LIBERTAD DE EXPRESION”

No sólo los laicos sufrimos de la falta de libertad de expresión en nuestro continente, de la distorsión maliciosa de noticias, del acallamiento de otras y de la simple mentira llana y desvergonzada, la mayoría de las veces. Este mal también está al nivel de los curas de muchos galones en la jerarquía eclesiástica. Sí, porque en París ha sido publicado un testimonio sacerdotal sobre la repugnante dictadura brasileña y en Latinoamérica no se ha permitido reproducir ni una línea, y si se ha hecho por aquí y por allá, los cardenales nuestros no han acusado recibo.

El testigo contra la dictadura brasileña es Michel Candas, francés, de 37 años, sacerdote cristiano que permaneció dos años en Brasil hasta después del golpe de Estado que derribó a Goulart. Estas son sus más explícitas afirmaciones:

—Después del primero de abril, todas las medidas tomadas por los gobernantes brasileños corresponden a supresión de las franquicias constitucionales y a la reducción de las libertades individuales.

—“El obispo Dom Helder Camara (arzobispo de Recife) es uno de los mejores obispos, talvez, de toda América Latina. Hombre profundamente religioso, muy inteligente, muy apegado a su pueblo. Por eso, él fue uno de los primeros que cayeron en la caza de brujas que se desencadenó después del reciente golpe de Estado en Brasil”.

—“Un inmenso esfuerzo está siendo desarrollado por la derecha para acabar con las ideas llamadas subversivas, es decir, aquellas ideas de independencia del Brasil, de bienestar para el pueblo, de emancipación económica. Una atmósfera de terror reina en todos los medios intelectuales. Uno de los mayores pensadores católicos, Tristán de Athayde, denunció ese clima de terror e incitó a los intelectuales a resistir valerosamente”.